

# UNA MODESTA PROPOSICIÓN para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres...

(Jonathan Swift, 1667-1745)

Es un asunto melancólico para quienes pasean por esta gran ciudad o viajan por el campo, ver las calles, los caminos y las puertas de las cabañas atestados de mendigos del sexo femenino, seguidos de tres, cuatro o seis niños, todos en harapos e importunando a cada viajero por una limosna. Esas madres, en vez de hallarse en condiciones de trabajar por su honesto sustento, se ven obligadas a perder su tiempo en la vagancia, mendigando para sus infantes desvalidos que, apenas crecen, se hacen ladrones por falta de trabajo, o abandonan su querido país natal para luchar por el Pretendiente en España, o se venden en la Barbada. Creo que todos los partidos están de acuerdo con que este número prodigioso de niños en los brazos, sobre las espaldas, o a los talones de sus madres, y frecuentemente de sus padres, resulta en el deplorable estado actual del Reino un perjuicio adicional muy grande; por lo tanto, quienquiera que encontrase un método razonable, económico y fácil para hacer de ellos miembros cabales y útiles del estado, merecería tanto agradecimiento del público como para tener instalada su estatua como un protector de la Nación.

Pero mi intención está muy lejos de limitarse a interceder solamente por los hijos de los mendigos declarados: es de alcance mucho mayor y tiene en cuenta el número total de niños de cierta edad nacidos de padres que de hecho son tan poco capaces de mantenerlos como los que solicitan nuestra caridad en las calles.

Por mi parte, habiendo volcado mis pensamientos durante muchos años sobre este importante asunto, y sopesado maduramente los diversos planes de otros proyectistas, siempre los he encontrado groseramente equivocados en su cálculo.

Es cierto que un niño recién nacido puede ser mantenido durante un año solar por la leche materna y poco más de alimento, a lo sumo por un valor no mayor de dos chelines o su equivalente en mendrugos que la madre puede conseguir mediante su legítima ocupación de mendigar. Y es exactamente al año de edad que yo propongo que nos ocupemos de ellos de manera tal que en lugar de constituir una carga para sus padres o la parroquia, o de carecer de comida y vestido por el resto de sus vidas, contribuirán, por el contrario, a la alimentación, y en parte a la vestimenta, de muchos miles.

Existe, además, otra gran ventaja en mi plan: que evitará esos abortos voluntarios y esa práctica horrenda, ¡cielos!, demasiado frecuente entre nosotros, de las mujeres que asesinan a sus hijos bastardos, sacrificando a los pobres bebés inocentes, creo que más por evitar los gastos que la vergüenza, práctica que arrancaría las lágrimas y la piedad del pecho más salvaje e inhumano.

El número de almas en Irlanda se calcula usualmente en un millón y medio, de los que habrá aproximadamente doscientas mil parejas cuyas mujeres son fecundas. De ese número resto treinta mil parejas capaces de mantener a sus hijos, aunque temo que no pueda haber tantas bajo las actuales angustias del reino; pero estando esto concedido, quedarán ciento setenta mil parideras.

Resto nuevamente cincuenta mil por las mujeres que abortan, o cuyos hijos mueren por accidente o enfermedad antes de cumplir el año. Quedan sólo ciento veinte mil hijos de padres pobres que nacen anualmente. La cuestión es, entonces, ¿cómo se educará y sostendrá a esta cantidad? Esto, como ya he dicho, es completamente imposible, en la situación actual de los asuntos, y mediante los métodos hasta ahora propuestos. Porque no podemos emplearlos ni en la artesanía ni en la agricultura: ni construimos casas ni cultivamos la tierra. Y ellos raramente pueden ganarse la vida mediante el robo antes de los seis años, excepto cuando están precozmente dotados; aunque confieso que aprenden los rudimentos mucho antes. Sin embargo, durante esa época sólo pueden ser considerados como aficionados; así me ha informado un caballero del condado de Cavan, quien me

aseguró que nunca supo de más de uno o dos casos con menos de seis años, ni siquiera en esta parte del reino tan renombrada por su agilísima habilidad en este arte.

Nuestros comerciantes me han asegurado que un muchacho o muchacha no es mercadería vendible antes de los doce años, y que aun cuando lleguen a esta edad no producirán más de tres libras o tres libras y media corona como máximo en la transacción, lo que ni siquiera puede compensar a los pobres o al reino del gasto de alimento y harapos, que ha alcanzado por lo menos cuatro veces ese valor.

Por consiguiente, propondré ahora humildemente mis propias reflexiones, que espero no se prestarán a la menor objeción.

Me ha asegurado un americano muy entendido que conozco en Londres, que un tierno niño saludable y bien criado constituye, al año de edad, el alimento más delicioso, nutritivo y comerciable, ya sea estofado, asado, al horno o hervido; y yo no dudo que servirá igualmente para un fricasé o un guisado.

Por lo tanto, propongo humildemente a la consideración del público que de los ciento veinte mil niños ya anotados, veinte mil sean reservados para la reproducción; de ellos, sólo una cuarta parte serán machos, lo que ya es más de los que permitimos a las ovejas, los vacunos y los puercos. Mi razón consiste en que esos niños raramente son frutos del matrimonio, una circunstancia no muy venerada por nuestros rústicos: en consecuencia, un macho será suficiente para servir a cuatro hembras. De manera que los cien mil restantes pueden, al año de edad, ser ofrecidos en venta a las personas de calidad y fortuna del reino, aconsejando siempre a las madres que los amamanten copiosamente durante el último mes, a fin de ponerlos regordetes y mantecosos para una buena mesa. Un niño hará dos fuentes en una comida para los amigos, y cuando la familia cene sola, el cuarto delantero o trasero constituirá un plato razonable. Y hervido y sazonado con un poco de pimienta o de sal, resultará muy bueno hasta el cuarto día, especialmente en invierno.

He calculado que, como término medio, un recién nacido pesará doce libras, y en un año solar, si es razonablemente criado, alcanzará las veintiocho.

Concedo que este manjar resultará algo costoso, y será, por lo tanto, muy adecuado para terratenientes, que como ya han devorado a la mayoría de los padres, parecen acreditar los mejores títulos sobre los hijos.

Carne de niño habrá todo el año, pero más abundantemente en marzo, y un poco antes y después: porque nos informa un grave autor, Rabelais, eminente médico francés, que siendo el pescado una dieta prolífica, en los países católicos romanos nacen muchos más niños aproximadamente nueve meses después de Cuaresma que en cualquier otra estación. En consecuencia, contando un año después de Cuaresma, los mercados estarán más atiborrados que de costumbre, porque los niños papistas existen por lo menos en proporción de tres a uno en este reino. Eso traerá otra ventaja colateral, al disminuir el número de papistas entre nosotros.

Ya he calculado el costo de cría de un hijo de mendigo (entre los que incluyo a todos los chabolistas, a los jornaleros y a cuatro quintos de los campesinos) en unos dos chelines por año, harapos incluidos. Y creo que ningún caballero se quejaría de pagar diez chelines por el cuerpo de un buen niño gordo, del cual, como ya he dicho, sacará cuatro fuentes de excelente carne nutritiva cuando sólo tenga a algún amigo o a su propia familia a comer con él. De este modo, el caballero aprenderá a ser un buen terrateniente y se hará popular entre los arrendatarios, y la madre tendrá ocho chelines de ganancia limpia y quedará en condiciones de trabajar hasta que produzca otro niño.

Quienes sean más ahorrativos (como debo confesar que requieren los tiempos) pueden desarrollar el cuerpo, cuya piel, artificiosamente preparada, constituirá admirables guantes para damas y botas de verano para caballeros delicados.

En nuestra ciudad de Dublín, los mataderos para este propósito pueden establecerse en sus zonas más convenientes; podemos estar seguros de que carniceros no faltarán aunque más bien recomiendo comprar los niños vivos y adobarlos mientras aún están tibios del cuchillo, como hacemos para asar los

cerdos.

Una persona muy meritoria, verdaderamente amante de su patria, cuyas virtudes estimo muchísimo, se entretuvo últimamente en discurrir sobre este asunto con el fin de ofrecer un refinamiento de mi proyecto. Se le ocurrió que, puesto que muchos caballeros de este reino han terminado por destruir sus ciervos, la demanda de carne de venado podría ser bien satisfecha por los cuerpos de jóvenes mozos y doncellas, no mayores de catorce años ni menores de doce, ya que son tantos los que están a punto de morir de hambre en todo el país, por falta de trabajo y de ayuda. De éstos dispondrían sus padres, si estuvieran vivos, o de lo contrario, sus relaciones más cercanas. Pero con la debida consideración a tan excelente amigo y meritorio patriota, no puedo mostrarme de acuerdo con sus sentimientos; porque en lo que concierne a los machos, mi conocido americano me aseguró, en base a su frecuente experiencia, que su carne es generalmente correosa y magra, como la de nuestros escolares por el continuo ejercicio; que su sabor es desagradable, y que cebarlos no justificaría el gasto. En cuanto a las mujeres, creo humildemente que constituiría una pérdida para el público, porque muy pronto serían parideras. Además, no es improbable que alguna gente escrupulosa fuera capaz de censurar semejante práctica (aunque muy injustamente, por cierto) como un poco lindante con la crueldad; confieso que ésa ha sido siempre para mí la objeción más firme contra cualquier proyecto, por bien intencionado que estuviera.

Pero en tren de justificar a mi amigo, diré que él confeso que este expediente se lo metió en la cabeza el famoso Sallmanaazar, un nativo de la isla de Formosa que llegó a Londres hace más de veinte años, y que conversando con él le dijo que en su país, cuando una persona joven era condenada a muerte, el verdugo vendía el cadáver a personas de calidad como un bocado de los mejores, y que en su época el cuerpo de una rolliza muchacha de quince años, que fue crucificada por un intento de envenenar al emperador fue vendida al Primer Ministro del Estado de Su Majestad Imperial y a otros grandes mandarines de la corte, a los bordes del patíbulo, en cuatrocientas coronas. Verdaderamente, no puedo negar que si el mismo uso se hiciera de varias jóvenes rollizas de esta ciudad, que sin tener cuatro peniques de fortuna no pueden andar si no es en coche, y aparecen en el teatro y las reuniones con exóticos atavíos que nunca pagarán, el reino no estaría peor.

Algunas personas de espíritu pesimista están muy preocupadas por la gran cantidad de gente pobre que está vieja, enferma o inválida, y me han pedido que dedique mi talento a encontrar el medio de desembarazar a la nación de un estorbo tan gravoso. Pero este asunto no me aflige para nada, porque es muy sabido que esa gente se está muriendo y pudriendo cada día de frío y de hambre, de inmundicia y de piojos, tan rápidamente como se puede razonablemente esperar. Y en cuanto a los trabajadores jóvenes, están en situación igualmente prometedora: no pueden conseguir trabajo y desfallecen de hambre, hasta tal punto que si alguna vez son tomados para un trabajo común no tienen fuerza para cumplirlo; de este modo, el país y ellos mismos son felizmente librados de los males futuros.

He divagado demasiado, de manera que volveré a mi asunto. Me parece que las ventajas de la proposición que he enunciado son obvias y muchas, así como de la mayor importancia.

En primer lugar, como ya he observado, disminuiría grandemente el número de papistas que nos infestan anualmente, que son los principales engendrados de la nación y nuestros enemigos más peligrosos, y que se quedan en el país con el propósito de rendir el reino al pretendiente, esperando sacar ventaja de la ausencia de tantos buenos protestantes que han preferido abandonar el país antes que quedarse en él pagando diezmos contra su conciencia a un cura episcopal.

*Segundo:* Los arrendatarios pobres poseerán algo de valor que la Ley podrá hacer embargable, y que los ayudará a pagar su renta al terrateniente, habiendo sido confiscados ya sus ganados y cereales, y siendo el dinero algo desconocido para ellos.

*Tercero:* Puesto que la manutención de cien mil niños de dos años para arriba no se

puede calcular en menos de diez chelines anuales por cada uno, el tesoro nacional se verá incrementado en cincuenta mil libras por año, sin contar la utilidad producida por el nuevo plato introducido en las mesas de todos los caballeros de fortuna del reino que tengan algún refinamiento en el gusto. Y como la mercadería será producida y manufacturada por nosotros, el dinero no saldrá nunca del país.

*Cuarto:* Las reproductoras perseverantes, además de ganar ocho chelines anuales por la venta de sus niños, se quitarán de encima la obligación de mantenerlos después del primer año.

*Quinto:* Este manjar atraerá una gran clientela a las tabernas, donde los venteros serán seguramente precavidos como para procurarse las mejores recetas para prepararlo a la perfección y, consecuentemente, ver sus casas frecuentadas por todos los distinguidos caballeros que se precian con justicia de su conocimiento del buen comer; y un cocinero diestro, que sepa cómo agradar a sus huéspedes, se las ingeniará para hacerlo tan costoso como a ellos les plazca.

*Sexto:* Esto constituirá un gran estímulo para el matrimonio, que todas las naciones sabias han alentado mediante recompensas o han impuesto mediante leyes y penalidades. Aumentará el cuidado y la ternura de las madres hacia sus hijos, seguras entonces de que los pobres chicos tendrían una colocación segura de por vida, provista de algún modo por el público, y que les daría ganancia en vez de gastos. Pronto veríamos una honesta emulación entre las mujeres casadas para mostrar cuál de ellas lleva al mercado al niño más gordo. Los hombres atenderán a sus esposas durante el embarazo tanto como atienden ahora a sus yeguas, sus vacas o sus puercas cuando están por parir, y no las amenazarían con golpearlas o patearlas (como frecuentemente hacen) por temor a un aborto.

Muchas otras ventajas podrían enumerarse. Por ejemplo, el agregado de algunos miles de reses a nuestra exportación de carne en barricas, la difusión de la carne de puerco y el progreso en el arte de hacer buen tocino, del que tanto carecemos ahora a causa de la gran destrucción de cerdos, demasiado frecuentes en nuestra mesa, y que no pueden compararse en gusto o magnificencia con un niño de un año, gordo y bien desarrollado, que hará un papel considerable en el banquete de un Lord Mayor o en cualquier otro convite público. Pero por adicto a la brevedad, omito ésta y muchas otras ventajas.

Suponiendo que mil familias de esta ciudad serían compradoras habituales de carne de niño, además de otras que la llevarían para las fiestas, especialmente casamientos y bautismos, calculo que en Dublín se colocarán anualmente cerca de veinte mil reses, y en el resto del reino (donde probablemente se venderán algo más baratas) las restantes ochenta mil.

No se me ocurre ningún reparo que pueda oponerse razonablemente contra esta proposición, a menos que se aduzca que la población del Reino se vería muy disminuida. Esto lo reconozco sin reserva, y fue mi principal motivo para ofrecerla al mundo.

Deseo que el lector observe que yo he calculado mi remedio para este único e individual Reino de Irlanda, y no para cualquier otro que haya existido, exista o pueda existir sobre la tierra. Por consiguiente, que ningún hombre me hable de otros recursos: de crear impuestos para nuestros desocupados a cinco chelines por libra; de no usar ropas ni mobiliario que no sean producidos por nosotros; de rechazar los instrumentos que fomentan exótica lujuria; de curar el derroche de engreimiento, vanidad, holgazanería y juego en nuestra mujeres; de introducir parsimonia, prudencia y templanza; de aprender a amar a nuestro país, virtud por cuya carencia nos diferenciamos de los lapones y los habitantes de Topinambo; de abandonar nuestras animosidades y facciones, de no actuar más como los judíos, que se mataban entre ellos mientras su ciudad era tomada; de cuidarnos de no vender nuestro país y nuestra conciencia por nada; de enseñar a los terratenientes a tener aunque sea un poco de compasión de sus arrendatarios; de imponer un espíritu de honestidad, industria y cuidado en nuestros comerciantes, quienes, si hoy tomáramos la decisión de no comprar otras mercaderías que las nacionales, inmediatamente se unirían para engañarnos en el precio, la medida y la calidad, y a

quienes por mucho que se insistiera no se les podría arrancar una sola oferta de comercio honrado.

Por consiguiente, repito, que ningún hombre me hable de esos parecidos expedientes, hasta que no tenga por lo menos un atisbo de esperanza de que se hará alguna vez un intento sano y sincero de ponerlos en práctica.

Pero en lo que a mí concierne, habiéndome gastado durante muchos años en ofrecer ideas vanas, ociosas y visionarias, y al final completamente sin esperanza de éxito, dí afortunadamente con este proyecto, que es totalmente novedoso, tiene algo de sólido y real, es de poco gasto y pequeña molestia; está completamente a nuestro alcance, y no nos pone en peligro de desagradar a Inglaterra. Porque esta clase de mercadería no soportará la exportación, puesto que la carne es de una consistencia demasiado tierna para admitir una permanencia prolongada en sal. Aunque quizás yo podría mencionar un país que se alegraría de devorar toda nuestra nación aun sin ella.

Después de todo, no me siento tan violentamente atado a mi propia opinión como para rechazar cualquier plan propuesto por hombres sabios que fuera hallado igualmente inocente, barato, cómodo y eficaz.

Pero antes de que alguna cosa de este tipo sea propuesta en oposición a mi proyecto, deseo que el autor o los autores consideren seriamente dos puntos.

Primero, cómo se las arreglarían, tal como están las cosas, para encontrar ropas y alimentos para cien mil bocas y espaldas inútiles.

Y segundo, ya que hay en este reino alrededor de un millón de criaturas de forma humana cuyos gastos de subsistencia reunidos las dejaría debiendo dos millones de libras esterlinas, y agregando a los que son mendigos profesionales el grueso de los campesinos, chabolistas y peones con esposas e hijos, que son mendigos de hecho, yo deseo que esos políticos que no gusten de mi proyecto y sean tan atrevidos como para intentar una respuesta, pregunten primero a los padres de esos mortales si hoy no creen que habría sido una gran felicidad para ellos haber sido vendidos como alimento al año de edad, de la manera que yo recomiendo; y de este modo haberse evitado una completa escena de infortunios como la que han atravesado desde entonces por la opresión de los terratenientes, la imposibilidad de pagar la renta sin dinero, la falta de alimentación y de casa y vestidos para protegerse de las inclemencias del clima, y las más inevitable probabilidad de legar parecidas o mayores miserias a sus descendientes para siempre.

Yo declaro, con toda la sinceridad de mi corazón, que no tengo el menor interés personal en esforzarme por promover esta obra necesaria, y que no me impulsa otro motivo que procurar el bien de mi patria desarrollando nuestro comercio, cuidando de los niños, aliviando al pobre y dando algún placer al rico. No tengo hijos por los que puedan proponerme obtener un solo penique; el más joven tiene nueve años, y mi mujer ya no es fecunda.